



### EL REY Y EL CIERVO SABIO

Relájate, quédate quietecito y escucha. Escucha con gran atención este cuento sobre un hermoso ciervo llamado Dinos que vivía en el corazón de un gran bosque de árboles gigantes con sus amigos... ¡Hasta que un día todo cambió! ¿Quieres saber que ocurrió? ¡Vamos a ver si lo descubrimos!

Pues... Dinos no era un ciervo cualquiera, sino el animal más sabio del bosque. Y también era especial su aspecto, porque en la frente tenía una bella amatista incrustada y su cornamenta era de un reluciente color púrpura.

Al despertarse aquella mañana vio que todo estaba húmedo y que las gotas de lluvia brillaban como diamantes en la hierba. Por la noche había caído una fuerte tormenta y ahora los nubarrones se escabullían por el horizonte, mientras el risueño sol aparecía en el cielo. Dinos, como cada mañana al despertar, bajó al río a beber. Pero como la tormenta había hecho enojar las aguas del río, ahora corrían más deprisa de lo habitual.

Mientras contemplaba la enfurecida corriente, le pareció oír una voz gritando asustada: «¡Socorro! ¡Socorro! ¡Ayúdame, por favor!».

De pronto divisó un hombre flotando por el meandro del río. Agitaba con fuerza los brazos y tan pronto desaparecía debajo del agua como volvía a aparecer resoplando. El sabio ciervo se puso a pensar rápidamente en cómo salvarlo.

—¡Mira hacia arriba! ¡Rápido, agárrate a las ramas que hay encima de ti! —le gritó el ciervo.

El hombre estirando los brazos agarró una rama y se aferró con todas sus fuerzas a ella. Dinos entonces se metió en el agua.

—¡Agárrate a mi cuello! —exclamó el ciervo.

Al ver un ciervo con unas astas de color púrpura y con una amatista incrustada en la frente, aquel hombre se quedó tan asombrado que se soltó sin querer de la rama. Pero por suerte logró agarrarse a Dinos y el ciervo lo sacó fuera del agua y lo dejó luego sano y salvo en la orilla del río.

Aquel hombre, que se llamaba Arturo, estaba empapado y exhausto, pero se sintió inmensamente agradecido al bondadoso y sabio ciervo. Le dio las gracias una y otra vez por haberle salvado la vida y le preguntó cómo podía devolverle el favor.

—Sólo te pido una cosa a cambio —respondió Dinos—. Prométeme que no le contarás a nadie que me has visto ni dónde vivo, porque hay muchas personas mezquinas y codiciosas que intentarían hacerme daño para quitarme la amatista.

Arturo, lleno de gratitud, le prometió poniéndose la mano sobre el corazón que no diría nunca a nadie que lo había visto ni el lugar donde vivía.

Y entonces Dinos lo acompañó hasta un camino para que pudiera orientarse y salir de la espesura del bosque.

Al cabo de varios años, un día la reina del país, que vivía lejos del gran bosque, oyó hablar de la existencia de un bello y sabio ciervo con una cornamenta púrpura y una magnífica amatista en la frente. Intrigada, deseó ver a aquel espléndido animal y le pidió a su marido, el rey, que lo encontrara para ella.

Como el rey era un hombre bondadoso al que le gustaba complacer a su mujer, ofreció una gran recompensa a cualquiera que le ayudara a atrapar a aquel ciervo especial.

Cuando Arturo se enteró de que el rey estaba buscando al ciervo, cegado por la codicia olvidó la promesa que le había hecho a Dinos. Fue a ver al monarca y lo condujo al gran bosque. El rey acompañado de sus hombres, esperó a que el ciervo saliera y en la primera oportunidad que se le presentó, lo atraparon.

El rey, que ahora estaba contentísimo de haber encontrado a una criatura tan bella, ordenó a sus hombres que cuidaran muy bien del ciervo. Así que lo ataron en la parte trasera de un carro y le dieron heno fresco para comer. Incluso el monarca en persona fue a ver al ciervo para asegurarse que nadie le haría daño alguno. Pero descubrió que el ciervo estaba llorando.

—¿Qué es lo que te pasa? —le preguntó con dulzura—. ¿Acaso te han hecho daño mis hombres? Por la mejilla de Dinos rodó una lagrimita.

—No, gracias a su majestad, me han tratado muy bien, pero estoy triste porque alguien me ha traicionado. ¿Cómo me habéis encontrado? —preguntó Dinos en voz baja.

El rey se quedó tan consternado al ver llorar al ciervo que señaló al codicioso Arturo, que había estado intentando esconderse para no ser visto. Al quedar en evidencia, Arturo bajó la cabeza, avergonzado mirando al suelo.

—¿Conoces a este hombre? —le preguntó el rey a Dinos.

El ciervo le contó que años atrás le había salvado la vida y que Arturo le había prometido que nunca le diría a nadie que lo había visto ni dónde vivía. Cuando el rey, que era un hombre honrado y justo, se enteró de que habían atrapado al ciervo solamente porque Arturo había roto su promesa, montó en cólera y ordenó a sus hombres que se lo llevaran y que lo castigarán.

Pero el ciervo, lleno de compasión, le suplicó al rey que perdonara a aquel hombre y que le dejara irse. El rey se quedó tan conmovido por la bondad y la sabiduría del ciervo que accedió a hacerlo.

Luego dejó en libertad al ciervo y lo invitó a conocer a su mujer, la reina, que estaba impaciente por verlo después de todo lo que había oído decir de él.

Dinos aceptó la invitación y los dos volvieron juntos al castillo. Por fin el ciervo se sentía seguro, ya no le daba miedo que alguien lo cazara por su valiosa amatista y su original cornamenta. La reina y el ciervo se convirtieron en grandes amigos: a ella le encantaba darle uvas para comer, el manjar preferido de Dinos, y él apreciaba la dulce bondad de la reina. También se convirtió en el consejero de más confianza del rey y le ayudó a gobernar el reino con justicia y sabiduría, cumpliendo las promesas que hacía a sus súbditos sin dejarse cegar nunca por la codicia.

*Al cumplir nuestras promesas, ser bondadosos y perdonar a los demás, hacemos que el mundo sea un lugar mejor para todos. Una persona sabia es compasiva con los demás, aunque le hayan hecho daño.*

Dharmachari Nagaraja  
*Cuentos budistas para ir a dormir*  
Barcelona: Oniro, cop. 2008